La tía Flavia y Venancio se nos casaban.

Encontré la iglesia algo cambiada, habían restaurado las vidrieras y añadido un rosetón. Madre suspiró contrariada cuando señalé las novedades, «Sí, hijo mío, hace dos años…». Acudió bastante gente a ver cómo don Manuel echaba los latines a los novios, pero estaba dispuesto que el banquete fuese íntimo. Los recién casados, padre, madre, el tío Beppo, una hermana de Venancio que vino desde Logroño con su marido, el cura y yo fuimos los comensales. Don Manuel era un hombre ya entrado en años, grandullón, campechano, dicharachero. Padre, aunque jamás iba a misa y no experimentaba mayor estima por las sotanas que por los tricornios, lo apreciaba. Distanciándose de ciertos colegas, se había comportado como verdadero cristiano desde los primeros días de la posguerra, y aun antes. Cuanto se podía arrojar sobre su conciencia eran esos besos de tornillo que nos robaba guillotinando largometrajes.

Don Manuel... El que me bautizó, el que me dio la primera comunión, el que llevaba más de dos años sin verme el pelo… el mismo que tiempo atrás, siendo yo niño, tras escucharme desde el confesionario desembuchar «Don Manuel, que me he *cagao* en Dios», no dedicó ni un segundo a cavilar la penitencia sino que abrió la celosía, asomó una mano poderosa, me arreó una santa hostia –que me quitó las ganas de volver a blasfemar– y dio por concluido el sacramento con un bramido que retumbó en toda la iglesia: «¡Hala, *pa* casa!».

El convite comenzó con una enorme fuente de gambas a la plancha, costoso manjar que rara vez se cataba. No me dio tiempo a comer muchas, el vivaracho don Manuel sacó a pasear un virtuosismo para la disección fuera de toda competencia, una maestría incontestable, y se zampó la mayor parte. No digo que fuese mal cura, que yo de eso no entiendo, pero puedo atestiguar que hubiese sido un forense o neurocirujano de primera categoría. Esto de la vocación es así de complejo.

El tío Beppo –mirando de impedir que don Manuel arramblara con todo el marisco- trató de distraerlo:

- Padre, siempre he tenido una duda que a veces no me deja dormir bien. El día que Jesucristo multiplicó los panes y los peces, ¿llovía o hacía sol?

- Ahora no, hijo, ahora no… –respondió atropelladamente, al tiempo que alargaba una vez más su mano hasta la fuente. Se las sabía todas.

Todavía hoy me maravillo al evocar los pormenores de su arte. Decapitaba al animalito sin contemplaciones, tomaba la cabeza con la mano derecha y la conducía sin pérdida de tiempo hacia su boca, donde era diligentemente succionada, sorbida hasta la última gota, mientras que la mano izquierda, ella sola, se afanaba en despojar al pobre crustáceo de sus minúsculas extremidades y su fastidioso ropaje chamuscado, hasta que quedaba como Dios lo trajo al mundo. Extraía entonces de entre los labios la cabeza ya reseca, y con simpáticos mohines de glotón diplomado hincaba el diente a esa grácil curvatura distintiva de la gamba difunta. De inmediato la mano izquierda partía rauda hacia la bandeja cada vez menos llena, trincaba una nueva pieza y enseguida reclamaba y obtenía la colaboración de su compañera para degollar a la víctima cuanto antes. Así una y otra vez hasta contar diecisiete, que ya es contar. Sin ofrecer señales de fatiga y sin interrupciones, si omitimos brevísimas y metódicas pausas destinadas a sacudirse en la sotana pequeños residuos inservibles o propinar al vino sorbos estrepitosos.

El tío Beppo intervino una segunda vez. El tiempo se agotaba, apenas subsistían cuatro ejemplares a esas alturas, pero aún había lugar para la sorna:

- Pues yo digo que debía de llover. Y otra cosa, padre, ¿nunca multiplicó gambas nuestro señor Jesucristo?

Don Manuel elevó las cejas y puso por un segundo sus palmas hacia al cielo, pinzando la pieza de turno entre índice y pulgar. Sin dejar de relamerse, expelió un vestigio de antena anaranjada y compuso sobre su rostro una mueca que más o menos venía a significar «Y yo qué sé, a mí qué me cuentas, los caminos del Señor son inescrutables, déjame comer en paz», y siguió a lo suyo.

La recién casada arrimó el hombro:

- ¿Y a ti qué más te da si llovía o brillaba el sol, Beppo? Lo importante es que comieron el pan y los peces a partes iguales, como buenos cristianos.

El cura no se dio por señalado. De todos modos ya era tarde, un camarero retiró la fuente devastada.

Yo había presenciado el prodigio preguntándome cómo se las arreglaba para desplumar crustáceos con semejante rapidez, y hasta barruntando que debía de recibir ayuda celestial. Acaso Dios existía de verdad y, con vistas a custodiar las diferencias jerárquicas, recompensaba a sus sargentos con provechosas destrezas que por el contrario escatimaba a la tropa. De otro modo no atinaba yo, andrajoso hermeneuta, a resolver el enigma de que culminada la contienda pudiera aventajarme don Manuel por el elocuente marcador de diecisiete gambas a cuatro. Tal vez todo fuese más sencillo, cuestión de veteranía: en razón a su edad y ministerio, rebosaba erudición en materia de comilonas nupciales, y por otra parte a nadie se le escapó esa particular devoción que a las gambas profesaba, casi le caían lágrimas antes de comenzar el asalto: «Bendice, Señor, estas *gam... limentos* que vamos a comer».